

Antes de comenzar: Lo que la distancia puede

Con trece años, en el asiento trasero del coche de nuestros padres, pensábamos en las horas que aún nos quedaban por delante. ¡Maldición, otro viaje! Escuchar música y perder la mirada por la ventanilla eran nuestros únicos pasatiempos, mientras repasábamos en silencio lo que creíamos que era la esencia de la adolescencia. Sin darnos cuenta, llegábamos a nuestro destino. Es cierto que el monstruo del aburrimiento nos golpeaba en el trayecto, pero, de un modo apenas consciente, cuando el coche aminoraba la velocidad y el azul del Mediterráneo se curvaba en el horizonte, entendíamos algo: que en

la distancia recorrida —distancia física, distancia temporal— no solo habíamos desplegado nuestra vida entera, sino que habíamos subrayado de ella las escenas más valiosas.

¿Por qué rechazamos la distancia, si es ella precisamente, la que acentúa la vida?

Esta es la pregunta que pretende cubrir este ensayo. La dejamos planteada aquí para que nos acompañe a lo largo de estas páginas. Antes, sincerémonos: ¿qué entendemos por distancia, sino un elemento a borrar de nuestras vidas? Cuando la distancia se nos impone como espacio entre dos lugares, solo hablamos de ella como un estorbo, un lugar inhabitable. Cuando separa dos corazones, fantaseamos con una máquina que nos teletransporte. El recorrido entre nuestro pasado y nuestro presen-

ELOGIO DE LA DISTANCIA

te... ¿dónde ha ido a parar el tiempo ya vivido, que es también una distancia? ¿Y la espera inequívoca entre un deseo y su satisfacción? Oh, esa distancia es la peor de todas, porque nos recuerda que no tenemos control alguno sobre el mundo ni sobre la vida.

Definitivamente, nos hemos posicionado contra ella. La nuestra ha sido una postura clara e indubitable hacia el mundo opuesto, hacia el reino de lo cercano y lo instantáneo. Escribimos, pensamos y actuamos en la cercanía, como si en ella descansara lo absoluto del humano. Sin embargo, pocas veces nos paramos a pensar que la distancia es lo que nos permite habitar de verdad. Vivimos entre espacios y transiciones; todo lo que somos se escribe así, como una sucesión de capítulos, con pausas, con huecos, con páginas en blanco. No

sabríamos nombrar un lugar si no estuviera rodeado de otros, separado por distancias que le dan forma y sentido. Tampoco sabríamos valorar el roce de otra persona si no existiera la posibilidad real de su ausencia.

Este libro no pretende descubrir nada nuevo ni ofrecer un camino de autoayuda. Solo quiere recordar algo que la vida ya nos ha enseñado muchas veces: que necesitamos la distancia para poder vivirla.

David Nava Gutiérrez

Índice

Introducción. En defensa de lo lejano	15
I. CUANDO LA DISTANCIA SE PIERDE	25
1. La tiranía del ahora	29
2. Demasiado cerca, demasiado lejos	33
3. La transparencia que borra.....	39
4. La cercanía como ceguera	45
II. CUANDO LA DISTANCIA RESISTE	55
5. Habitar el durante	59
6. El amor y la demora	65
7. Tiempo suspendido.....	69
8. El giro que nos salva.....	73
9. Escribir es demorarse.....	83

ÍNDICE

III. CUANDO LA DISTANCIA FLORECE	101
10. La distancia del otro	105
11. La distancia del deseo	113
12. La distancia florecida	135
13. La distancia entre la vida y la muerte ...	145
Epílogo. El tiempo necesario	153

*A cada tiempo contigo, a cada espacio a tu
lado, a cada momento y a cada distancia
que, juntos, hemos ensayado como la
mejor de todas las vidas posibles.*



Introducción.

En defensa de lo lejano

La lejanía siempre nos ha inquietado. A veces nos seduce, como quien sueña con cruzar el charco para dejarse empapar por lo exótico; otras veces nos asusta, porque representa lo desconocido, lo que escapa a nuestro control. Lejanía es, en cualquier caso, entablar una relación con lo extranjero, con lo extraño.

Los griegos clásicos parecían ser conscientes de este matiz. Ellos llamaban «bárbaro» al extranjero. Bárbaro significaba, sin más, «el que no es griego». Lo que separaba a unos y otros no era solo la lengua ni las costumbres, sino, sobre todo, la distancia. El griego vivía tranquilo dentro de sus murallas,

rodeado de los suyos, protegido por los límites de su *polis*. Todo lo demás —lo lejano, lo extranjero, lo bárbaro— siempre aparecía como una amenaza. Esta imagen, similar, aparece en nuestro presente.

Vemos con buenos ojos eliminar la distancia porque, en sí misma, nos acerca a lo desconocido, a lo incómodo, a lo que hemos llamado amenazante. La cercanía es la dirección opuesta, aunque en realidad no es ni siquiera una dirección; es una charca: no nos dirige, no nos propone, no nos invita a nada nuevo. Pero antes de adentrarnos en ese lodazal donde parece haberse instalado nuestra sociedad, ¿cómo podemos, aquí, a modo de introducción, construir un argumento en defensa de la distancia?

Pensemos de nuevo en nuestra infancia. Aquel verano eterno, sin colegio,

sin horarios, parecía un paraíso. Nos levantábamos tarde, quedábamos con nuestros amigos, no había obstáculos que atravesar. Consistía, si lo pensamos, en una vida sin contradicciones, porque nada se interponía entre nosotros. Poco a poco, sin embargo, nos aburríamos.

Cuando nada pasa y los días se repiten iguales, albergamos la duda de si el tiempo existe. No queríamos aceptarlo, ni mucho menos decirlo, pero empezábamos a echar de menos el inicio de las clases, tener un horario. Necesitábamos algo que nos interrumpiera. Algo que nos sacara de ese círculo perfecto que empezaba a parecernos una cárcel.

Tal vez la vida es eso, canta Ambkor. No avanza si no hay obstáculos. No se mueve si no tiene algo enfrente. Y eso que se pone enfrente suele parecernos incómodo, lejano. Tememos la distancia

porque nos presenta lo que no somos, lo que no controlamos, lo que nos pone a prueba. Pero, justamente por eso, nos promete algo nuevo: nos sitúa frente a la gravedad del tiempo, inicia el movimiento, instauro el cambio y genera vida. Lo lejano, definitivamente, estimula nuestro presente, que amenaza con cristalizarse.

Este esquema de vida fue planteado por Hegel. Todo avanza porque encuentra su contrario. A esta idea la llamó *antítesis*. *Antítesis* es justo lo que no somos. Es nuestra negación. Para los griegos, *antítesis* era el bárbaro. Sin *antítesis*, afirma Hegel, no habría historia, y la vida rayaría la inmovilidad absoluta. Pongamos algunos ejemplos visuales. Un río fluye porque encuentra obstáculos. Si no hubiera piedras ni desniveles, el agua no correría, se estancaría. Es el obstáculo lo

que genera el movimiento. Del mismo modo, aprendemos un idioma porque, al principio, no lo entendemos. Esa incompreensión —esa distancia entre lo que sabemos y lo que no— es la que nos obliga a avanzar, a transformarnos.

Para nuestros intereses, *antítesis* es la distancia. Lo antinatural, la vida petrificada, sería la cercanía. Una vida en la cercanía —sin contradicciones ni *antítesis*, sin lejanía ni distancia— equivaldría a vivir encerrados en un eterno verano infantil. Tal vez, al principio, lo sentimos cómodo, pero, al final, es irremediablemente asfixiante.

La distancia es lo que nos obliga a movernos. Nos hace salir, buscar y avanzar. Nos pone delante lo otro, lo distinto, lo que no somos. Y, solo al enfrentarlo, al atravesarlo, podemos llegar a algo nuevo, algo distinto.

En la *Fenomenología del espíritu* Hegel dice: «El espíritu solo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento»¹. Podemos adueñarnos de esta reflexión: la aventura de la distancia es un desgarramiento, un espacio que nos separa de lo que creemos que somos. Pero solo atravesando esa separación — ese abismo entre el yo que fuimos y el que aún no ha llegado — puede emerger algo más lúcido, más libre. La distancia, entonces, no solo duele: también clarifica. Es en ese alejamiento donde el espíritu se reconoce, se transforma y se vuelve más verdadero.

Como en la novela de Murakami, distancia es comprender que los muros

1. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 24

que custodian nuestra ciudad son movedizos —inciertos, dice él—, porque nunca son absolutos ni tampoco inertes. La muralla que flanquea la ciudad de Murakami está viva y se mueve. Elogiar la distancia es una postura vitalista porque nos invita a abrazar algo más de lo que ya somos: promueve aceptar el cambio, la transformación, la vida. Y Pablo d'Ors señala algo parecido: «La verdadera vida está detrás de lo que nosotros llamamos vida»². Su idea, apreciable cuando nos sentamos a meditar, se alinea con nuestro elogio: vida no es nunca la versión estática que forjamos en nuestra conciencia —ciudad amurallada, petrificada—; vida es justo lo que está detrás, lo que está por venir, lo que

2. Pablo d'Ors, *Biografía del silencio*, Madrid, Si-ruela, 2017. p. 17

está por mudar —ciudad de muros inciertos, viva—.

Finalmente, elogiar la distancia es un paso hacia lo que nunca nos atrevemos a hacer: comprender la muerte. La muerte, sí; pero una muerte que podamos mirar de frente, conscientes de que dejamos a nuestra espalda el surco de una vida completa. Así pues, hablar de distancia es hablar, también, de la vida y de su límite. Comprenderla es prepararnos para vivir mejor y dejar un surco más profundo a nuestro paso.

El viaje que aquí emprendemos comienza, pues, en ese preciso instante en que la distancia empezó a desvanecerse. Será necesario observar cómo hemos llegado hasta aquí, cómo hemos construido una cultura que, creyéndose cerca de todo, se ha alejado de lo que verdaderamente importa.

ELOGIO DE LA DISTANCIA

Prestemos atención —ojos bien abiertos— a cómo la distancia se pierde.